muy claro en el pleito entre Grecia y el Reino Unido (1956), en el «caso Lawless» (1961) y en el «caso griego» (1970). No fue necesario un examen minucioso en el litigio que Green menciona por las razones aducidas por el Tribunal antes citadas.

Prescindiendo de estas reservas, los ensayos facilitan, en su conjunto, mucha información y están bien escritos, a pesar de que hay una serie de superposiciones en su contenido, por haber sido escritos en diferentes épocas y con distintos propósitos. Se han actualizado los que fueron escritos hace tiempo en función de los cambios acaecidos tras la aprobación de los Protocolos y de otros instrumentos; no obstante, hubiera sido conveniente que estuvieran fechados. En conclusión, la obra es, tanto por su forma como por su contenido, una colección de ensayos, y no un libro de texto, pero las cuestiones tratadas hacen que sea una útil fuente de conocimientos y de reflexión.

Louise Doswald-Beck

ASISTENCIA HUMANITARIA Y DESARROLLO EN EL TERCER MUNDO

Para saber más acerca de los problemas de la asistencia humanitaria y del desarrollo en los países del tercer mundo, la *Revista* recomienda leer dos obras recientemente publicadas: una es un número especial del *Bulletin of Peace Proposals* dedicado al fomento de las organizaciones humanitarias en el tercer mundo [1]; la otra, editada por el Instituto Henry Dunant, es una obra colectiva, titulada *Third World Organisational Development* (Desarrollo de las organizaciones en el tercer mundo) [2]. Estas dos obras, de temas casi idénticos, procuran responder a las cuestiones esentiales planteadas por el señor Maurice Aubert, vicepresidente del CICR y presidente del Instituto Henry Dunant, autor de los prólogos de ambas: « ¿Cómo fomentar organizaciones humanitarias en el tercer mundo capaces de hacer frente a las consecuencias de los conflictos y de las catástrofes naturales y de convertirse en agentes promotores del desarrollo de las comunidades, de la protección de los derechos humanos y de la difusión de un espíritu de paz? ¿Cuál es el cometido, cuáles son los medios de acción de las organizaciones

[1] Humanitarian organization-building in the Third World, *Bulletin of Peace Proposals*, edición especial, Norwegian University Press, vol. 18, n.º 2, 1987.

[2] *Third World Organisational Development, A comparison of NGO strategies*, de Jan Egeland y Thomas Kerbs (reds.), Crystal Johnson, Suzanne Sande Mrlik y Sören Christian Prebensen, IHD Estudios sobre el Desarrollo n.º 1, 1987, Instituto Henry Dunant, 1987.

gubernamentales (OG) y no gubernamentales (ONG) en el proceso de desarrollo de las comunidades en el tercer mundo y qué relaciones mantienen con las organizaciones locales?»

Son otras tantas preguntas de gran alcance a las que procuran responder varios expertos de organizaciones internacionales, gubernamentales y no gubernamentales, de instituciones académicas y del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja.

En el número especial del *Bulletin of Peace Proposals*, el *Príncipe Sadruddin Aga Khan*, copresidente de la Comisión Independiente para los Asuntos Humanitarios, establece, de entrada, un diagnóstico claro, preciso y franco: sigue aumentando la brecha entre ricos y pobres en el mundo y se acelera la producción de armas cada vez más perfeccionadas, mientras que millones de seres humanos carecen de lo mínimo para vivir.

La asistencia conjunta que proporcionan las organizaciones humanitarias internacionales, nacionales y locales no basta para detener este proceso de degradación, especialmente en los países donde la única preocupación inmediata es la supervivencia de la población. Pero es sobre todo la ayuda prestada a los países afectados por conflictos o catástrofes naturales —o ambas cosas a la vez— la que los coloca a menudo en una situación de dependencia, que agrava los problemas sin resolverlos.

Lo que importa verdaderamente cada vez más es procurar que las comunidades de diversos países del tercer mundo garanticen su propio desarrollo y fomentar todas las formas de autoasistencia.

Una asistencia eficaz no puede «implantarse artificialmente» mediante agentes exteriores, porque con ello sólo se sustenta el subdesarrollo. La asistencia debe basarse, ante todo, en la formulación que las comunidades mismas hagan de sus necesidades reales y de su voluntad de hacer todo lo posible para satisfacerlas.

Estos planteamientos implican una educación o, mejor dicho, una reeducación de los donantes, la toma de conciencia de los beneficiarios de su potential y de sus recursos, así como una sana política de concertación entre donantes y beneficiarios o, más exactamente, entre instituciones participantes y organismos ejecutores.

Estas son las ideas que expone *Jan Egeland*, encargado de investigaciones sobre el desarrollo en el Instituto Henry Dunant. Después de establacer un balance —con sus aspectos positivos y negativos— de la ayuda que prestan las organizaciones llamadas del Norte al tercer mundo, el autor hace hincapié en el cometido de las organizaciones humanitarias nacionales y locales en los diversos países del tercer mundo. Esas organizaciones, cuya acción se desconoce y hasta se menosprecia, están, de hecho, «en primera línea» (p. 111) y han desempeñado un papel determinante en muchos casos, como en la zona de Sahel, por ejemplo, asolada por el hambre. «La fuerza de las organizaciones voluntarias del tercer mundo no radica sólo en el hecho de que trabajan con las comunidades locales que necesitan ayuda, sino también en que las representan» (p. 113). Más que las organizaciones externas, las organizaciones autóctonas son directa-

mente responsables ante los beneficiaros. Tienen también la ventaja de conocer perfectamente el entorno político-social de las comunidades, escuchan sus quejas y comprenden sus problemas mejor que cualquier otra organización del exterior. Por último, ayudan a las comunidades a identificar sus necesidades y tienen a este respecto un cometido de educadores y de asesores.

El lector descubrirá de este modo que en Kenia hay no menos de 1.600 organizaciones nacionales de desarrollo, además de las agrupaciones rurales, las asociaciones de defensa de los derechos humanos y los grupos llamados de autoasistencia, más pequeños pero muy numerosos.

Al evaluar la situación de esas ONG autóctonas, el autor es bastante severo con los Gobiernos de los países del Norte, que, aunque reconocen la utilidad de esas ONG en la identificación de la necesidades y la flexibilidad de su acción, tienden, en la práctica, a utilizar a las ONG locales como simples canales de transmisión de la asistencia tradicional, en vez de ayudarlas a construir organizaciones poderosas. Esos Gobiernos se excusan con la dificultad de identificar a las organizaciones humanitarias en los países del tercer mundo, o piensan que enviar fondos a las ONG y no a los Gobiernos está considerado como un acto político (p. 117). El autor concluye que pasará todavía algún tiempo hasta que quienes deciden comprendan la utilidad de una red de organizaciones humanitarias activas en los países del tercer mundo preparadas para hacer frente a los conflictos, a las catástrofes naturales y a la degradación del medio ambiente.

¿Cómo se puede entonces facilitar la fundación de organizaciones humanitarias o potenciar su acción? *Peter Macalister-Smith*, asistente de investigaciones en el Instituto Max Planck de Heidelberg, formula algunas propuestas: las ONG deberían tener acceso a los mecanismos de consulta internacionales; habría que alentarlas a formar sus propias federaciones capaces de representar a sus miembros a todos los niveles de la acción humanitaria; se debería reconocer, de conformidad con la legislación nacional, a las asociaciones no estructuradas y los grupos locales oficiosos.

Las organizaciones humanitarias de los países desarrollados deberían afianzar sus lazos, especialmente en el ámbito local, con las de los países en desarrollo. Por último, resulta imperativa la búsqueda de los medios y métodos adecuados para establecer un organismo internacional permanente, cuya finalidad sería aplicar las propuestas relativas al desarrollo de ONG humanitarias (pp. 128/129).

El logro de esos objetivos permitiría a los pobres y a los que les ayudan tejer una verdadera red humanitaria, construir, en cierto modo, un puente entre el Estado y el individuo.

Ese individuo es el primer beneficiario del derecho humanitario, señala el señor *Michel Veuthey*, jefe de la División de Organizaciones Internacionales del CICR, en un artículo dedicado a lo que él denomina «la red humanitaria» (p. 133). El respeto del derecho debe ser obra de todos los organismos que componen esa red: el CICR, las Sociedades Nacionales,

los Estados Partes en los Convenios de Ginebra, las otras partes en conflicto, las organizaciones zonales, los organismos de la ONU, y las organizaciones voluntarias. El autor pone de relieve los denominadores comunes de los miembros de esta compleja red y la complementariedad de sus objetivos, así como, sobre todo, la necesidad imperiosa de la concertación en nuestra perturbada época. Porque se trata, nada menos, que de crear un reflejo humanitario en la vida política y en las relaciones internacionales.

Asbjørn Eide, director del Instituto de Derechos Humanos de Oslo, expone el cometido de las ONG del tercer mundo en la protección de los derechos humanos. Analiza asimismo las relaciones entre el humanitarismo y los derechos humanos, y señala los valores comunes a diversas ideologías, culturas y civilizaciones en el ámbito de los derechos humanos. Los valores propios de las comunidades del tercer mundo pueden ser una defensa contra los excesos de la tecnología.

En la segunda parte, numerosos artículos tratan de la política, de las estructuras y de los medios de acción de varias instituciones internacionales no gubernamentales de ayuda humanitaria y al desarrollo. *Hans Hoegh*, secretario general de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja y *Gunnar Hagman*, consultor en materia de desarrollo, reseñan la evolución de la política de la Liga en el ámbito del desarrollo de las Sociedades Nacionales y reafirman una aspiración fundamental: potenciar la capacidad estructural y operacional de las Sociedades Nacionales, especialmente en los países más vulnerables. Ello implica el cumplimiento de objetivos prioritarios relacionados con la estructura de las Sociedades Nacionales y con los servicios que éstas deben prestar [3]. Por lo que atañe a las responsabilidades, ha de quedar bien claro que las Sociedades Nacionales de los países en desarrollo son las principales responsables de la potenciación de su capacidad, de la aplicación de sus programas y de la manera de llegar a la autonomía y a la independencia. La Liga y, en ciertos ámbitos y circunstancias, el CICR tienen el deber de ayudar a las Sociedades Nacionales a desarrollarse y desempeñan un papel primordial en la asistencia en casos de emergencia.

El *doctor Levi Oracion*, del Consejo Ecuménico de las Iglesias, sitúa en el sistema humanitario internacional la actividad de esta organización, centrada completamente en la defensa del pobre frente a las desigualdades sociales y a la injusticia. Las Iglesias deben seguir lo que autor llama «la lógica del pobre», que supone una repartición más equitativa de los

[3] *El desarrollo de las Sociedades Nacionales como contribución al desarrollo nacional*, documento preparado por la Secretaría de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, en colaboración con el Comité Internacional de la Cruz Roja y del Instituto Henry Dunant, XXV Conferencia Internacional de la Cruz Roja (Ginebra, octubre de 1986), doc. C.II/7/1.

recursos mundiales y un cambio radical de la actual concepción del desarrollo, que privilegia al comercio desenfrenado y al dominio de la tecnología.

Thomas Kerbs, de la Universidad de Berkeley (California), evalúa y compara en las dos obras arriba mencionadas las estrategias de varias ONG seleccionadas para fomentar, en los países del Tercer Mundo, organizaciones paralelas y asociadas. Examina sucesivamente las estructuras y los métodos del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, de Amnesty International, del Consejo Ecuménico de las Iglesias, de la Federación Mundial de Iglesias Luteranas y de diversas federaciones de movimientos sindicales.

La finalidad común de esas organizaciones es contribuir al establecimiento de organizaciones en el tercer mundo que sean localmente autónomas e independientes en las diferentes fases de su acción: planificación, ejecución de programas e, incluso, toma de decisiones.

Este objetivo implica el desarrollo de los recursos humanos, en especial el reclutamiento y la formación de personal local en los programas a largo plazo, un equilibrio juicioso entre la ampliación de las estructuras y la de las actividades, la adaptación de los programas a las condiciones y costumbres locales. Aunque la ayuda multilateral debidamente coordinada es, según la opinión unánime, benéfica para la fundación de organizaciones de desarrollo en el tercer mundo, no se rechaza sistemáticamente la asistencia bilateral debido a su flexibilidad; pero hay que controlarla. Por último, las ONG deben aprender mutuamente y concertarse aún más de lo que han hecho hasta ahora (pp. 184-187).

Este análisis pertinente está muy bien ilustrado mediante estudios de casos, como el que expone *Roland Hammer*, jefe adjunto de la División Cooperación-Difusión del CICR, referente a la difusión de los principios humanitarios básicos en situaciones de conflicto, concretamente en El Salvador, así como los comentarios de *Bärd-Anders Andreassen*, del Instituto Michelsen de Bergen (Noruega), sobre la fundación de organizaciones humanitarias no gubernamentales en Kenia.

Tras estas diversas contribuciones acerca de la asistencia humanitaria y el desarrollo en el tercer mundo, nos hubiera gustado obtener una síntesis de esas observaciones, al menos un primer esquema rector, ya que no las líneas directrices sobre la formación de organizaciones humanitarias en el tercer mundo. Sin duda, es todavía prematuro concebir tales líneas directrices, toda vez que las diferentes organizaciones existentes, difieren aún, en especial, por su concepto de desarrollo, de la dependencia o independencia del dinero. Asimismo, es de lamentar que no se haya tratado el grave problema de la ayuda humanitaria y de la denuncia de las infracciones de los derechos humanos. Por último, pensamos que las conclusiones de

ciertas contribuciones relativas a la intensificación del cometido de las ONG en el sistema humanitario internacional y a la potenciación de esas organizaciones en el tercer mundo no deben ocultar las responsabilidades de los Gobiernos y de las instituciones intergubernamentales como agentes principles del desarrollo.

A pesar de esas pequeñas reservas, estos dos estudios —y nunca pondremos lo suficiente de relieve el valor de los estudios comparativos— facilitan informaciones y comentarios útiles a todos aquellos que, como los investigadores y estudiantes, pero también los dirigentes de organizaciones humanitarias, desean comprender mejor la problemática de los que podría ser, según una expresión ya acuñada, «el orden humanitario internacional».

Jacques Meurant